

Cond. Forzoso por esta noche
Será...

Ruf. Tu marido ignora
Dónde vivo. Ven; ya es hora...
Aprovechemos el coche. —
Y no llores ¡pésia tal!
Por un marido indigesto
Que con tan leve pretexto
Rompe el vínculo nupcial.

Alejo. (¿Hay bruja como ella?)

Ruf. Ven,
Ven á mi casa y allí
Mi amistad sincera...

Cond. Sí...
(¡Maldígala Dios, amen!)

Alejo. (Con todo hemos dado al traste.)

Ruf. Ofrece el brazo robusto

A Adela.

Alejo. Con mucho gusto.

(Dádoselo.)

Ruf. A mi el otro.

(Toma el otro brazo de don Alejo.)

Alejo. (¡Qué contraste!)

(Vanse por la puerta de la derecha.)

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Alejo. Puerta en el foro; otra á la derecha del actor y otra á la izquierda, ambas con cortinas. Entre las dos primeras habrá un biombo.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, RUFINA.

Cond. No, vano es ya pretender
Restituirme la paz
Que para siempre perdí.
¡En hora triste y fatal
Por los consejos de usted
Me dejé ilusa arrastrar!

Ruf. El fruto de mis consejos
Todavía está en agraz.
Deja pasar unos días
Y las gracias me darás.
Si el corazón de los hombres
Se viera por un cristal
Ya el del conde tu victoria
Revelaría quizás.
Adela, ya te lo he dicho:

Los hombres de nuestra edad
Prennda que nadie codicia
No la saben apreciar.
La coquetería, Adela,
Es ya una necesidad
Del bello sexo. El amor
Sin ella es huevo sin sal;
Y si las niñas solteras
La han menester, mucho mas
Las casadas por razones
Muy poderosas que están
A tu alcance, y por lo mismo
No necesito explicar.

Cond. ¿No he dicho yo que juré
No volverme á ver jamás?

Ruf. Mudará de parecer
Cuando pase el temporal.

Cond. Yo no debí obedecerle,
Sino á sus plantas llorar,
Cuando romper me propuso
Nuestro lazo conyugal.

Ruf. Hubieras hecho, hija mia,
Una insigne necedad.

¡Nada; firme! y si, en efecto,
En aquel pecho glacial
Quedaba alguna centella
Del amoroso volcan

Con que un día amor eterno
Te juró al pié del altar,
Antes desdeñosa y fiera
Rendirle conseguirás
Que postrándote á sus piés
Con degradante humildad.
Eso fuera confesarle
Las soñadas culpas...

Cond. ¡Ay!
Sobrado culpable fui...

Ruf. ¿Por endosarte un disfraz
Para embromar á un mancebo,
Y bailar con él un vals,
Y darle tu brazo...? ¡Miren
Qué pecado capital,
Cuando á él no tiene por dónde
Desecharle Satanás!

No des tu brazo á torcer;
Vea que no se te da
De su cariño un ardite;
Y una de dos: ó leal
Pedirá reconciliarse
Con su perdida mitad,
O si su gracia te niega
Por un desliz tan venial,
Dará una prueba evidente
De que es ya su alma incapaz
De quererte. Si tal hace
Su ingratitud llorarás
Al principio, mas no exigen
Ni Dios ni la sociedad

ESCENA II.

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA.

Cond. ¿Le ha visto usted?

Alejo. Viaje inútil.
Había salido ya.

Cond. ¡Al campo!

Alejo. Lo dudo. Hoy hace
Un frío de Barrabás.

Cond. Pero usted ¿no ha preguntado...?

Alejo. Sí, señora; á Sebastian
Su criado, á la patrona,
Y al frutero del portal;
Pero en balde. Don Nazario
Nunca dice adónde va.

Cond. ¡Oh Dios mio!

Ruf. (¿No lo dije?
Por él es todo su afán.)

Alejo. Tal vez en casa del conde...

Cond. ¡Ah! si; vaya usted allá.
Acaso consiga usted
Si interpone su amistad
Que ese bárbaro combate
No se llegue á realizar.

Alejo. Iré, señora. Yo siempre
He sido muy servicial.

Para calmar de uno y otro
La cólera contumaz
Agotaré los recursos

De mi elocuencia trivial,
Y aunque debiera mi pecho
Sus golpes interceptar...

Cond. Si, corra usted...

Alejo. ¿Qué es correr!

Volaré. (¡Lleve Caifás
A mi mujer, pues por ella
Estoy hecho un azacan!)

(Al irse corriendo don Alejo por el foro
sale de la habitación de la derecha don
Martin.)

ESCENA III.

LA CONDESA, RUFINA, DON MARTIN.

Mart. ¡Oh, mi paisana!...
(Saluda á la condesa, que le devuelve
la cortesía.)

Señora... —
¿Se ha descansado? (A Rufina.)

Ruf. Tal cual

¿Y usted?

Mart. Yo, como un costal.
Ruf. ¿Se levanta usted ahora?
Mart. No; á las diez...
Ruf. ¿No sale Irene?
Mart. En el tocador la dejó
 A solas con el espejo.
 Dentro de un instante viene.
Ruf. Si ha cumplido el cocinero
 Las órdenes que le dí...
Mart. Ya hemos almorzado; sí.
 Mil gracias por el esmero...
Ruf. Es deber de mi amistad
 Servir...
Mart. (¿Quién será esa bella?)
 Anoche, flado en ella,
 Me tomé la libertad...
Ruf. Me hizo usted un grande honor
 Y me hubiera resentido
 Si hubiese usted preferido
 A mi casa un parador.
Mart. No estaré mucho en Madrid.
Ruf. Eso turba mi alegría.
Mart. Y si usted vuelve algun día
 Por Valencia la del Cid...
Ruf. Se entiende. Sin mas aviso,
 En casa de usted me hospedo.
Mart. A la calle de Toledo,
 Si ustedes me dan permiso,
 Voy ahora...
Ruf. Usted lo tiene.
Mart. Un encargo de interés...
Ruf. Sí.
Mart. Saludo...
Ruf. Hasta después.
Mart. ¡A ver si sales, Irene!
 (A la puerta de la derecha.)
 (Vuelve á saludar y vase por el foro.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, RUFINA.

Ruf. ¿Quién dirá que es valenciano
 El plomo de don Martín? —
 Sin duda á la chica trae
 Para que tomé un barniz
 De córte... — ¡Qué! ¿te retiras?
 (Viendo á la condesa en ademán de
 retirarse.)
Cond. No estoy para recibir
 A nadie. Aviseme usted
 Si alguna nueva feliz...
 Que no espero...
Ruf. ¿Por qué no?

Cond. Porque en mal hora nació.
Ruf. ¡Qué infundado desaliento!
 No tendrá efecto la lid...
 Mas ya siento las pisadas
 De Irene... Espérame allí.
 (La condesa se retira por la puerta de la
 izquierda.)

ESCENA V.

RUFINA, IRENE.

Irene. ¡Paisana y señora mía!
 (Abrazando á Rufina.)
Ruf. ¡Querida Irene!
Irene. Por fin
 Nos podemos abrazar.
Ruf. (¡Quién se volviera reptil!)
 Mi gozo...
Irene. Un beso.
 (Besando á Rufina.)
Ruf. (¡El de Judas!)
 (Besando á Irene.)
Irene. Anoche con el tragin
 Del baile apenas nos vimos.
 Tuvo papá la pueril
 Idea de conservar
 Su incógnito marroquí
 Para embolismar á usted,
 Y luego ocurrieron mil
 Aventuras; mi desmayo,
 El ataque brusco y ruin
 Con que á papá saludó
 Gentecilla baladí...
Ruf. Moro de máscara es siempre
 Víctima en este país.
Irene. Cuando recobré el sentido
 Y cerca de usted me ví
 Quise pronunciar su nombre,
 Pero usted me dijo ¡chit!...
Ruf. Yo tenía mis motivos...
Irene. Y como después me fui
 Y usted se quedó...
Ruf. Sí. — Y, vamos;
 ¿Vienes contenta á Madrid?
Irene. Mucho; y por mas de una causa.
Ruf. ¡Calle!...
Irene. Mi novio está aquí.
Ruf. ¿Tu novio?
Irene. Y es, aunque yo
 No lo debiera decir,
 Guapo mozo. Don Nazario...
 Usted le conoce.
Ruf. ¿Sí?

(Mas de lo que tú presumes.)
 ¿Será don Nazario Ruiz...?
Irene. El mismo.
Ruf. Estuvo en Valencia...
Irene. Cierto.
Ruf. Allá le conocí...
 Y aquí tambien.
Irene. En el baile
 Estuvo... ¡hecho un figurin!
Ruf. ¿Cómo? ¿Le viste?
Irene. Y le hablé.
Ruf. ¿Le llegaste á descubrir
 Tu cara?
Irene. Estaba papá
 Muy cerca, y no me atreví;
 Pero él me reconoció
 Al instante.
Ruf. ¡Oiga! (Algun quid
 Pro qué... Como se hizo doble
 El dominó carmesí...)
Irene. El instinto de su amor...
Ruf. ¡Oh! tienen mucha nariz
 Los novios. (¡Tonta!)
Irene. ¿Quién sabe
 Si de Valencia del Cid
 Le escribieron mi llegada...?
 Lo que yo puedo decir
 Es que ahora está mas que nunca
 Enamorado de mí.
Ruf. (¡Necia!) ¿Y te habló?
Irene. Dos palabras...
 No le dejé proseguir,
 Porque papá... ¡Qué entusiasmo
 Aquel, qué fuego...!
Ruf. (¡Infeliz!)
Irene. Dame las señas, me dijo,
 De tu casa; se las dí...
Ruf. (¡Qué oigo!)
Irene. Y hoy le espero...
Ruf. (¡Bien!
 Se encontrará el adalid
 Entre dos fuegos.) Irene...
 Tengo lástima de tí.
Irene. ¿Por qué?
Ruf. Nazario te engaña.
Irene. ¿Será posible?...
Ruf. Es un vil,
 Un traidor.
Irene. ¿Qué dice usted?
Ruf. Yo no acostumbro á mentir.
 Sin motivos poderosos
 No le trataría así.
Irene. Pero ¡Dios mio! las cartas
 Que me solía escribir,
 Sus juramentos...
Ruf. ¿Te había
 De confesar su deslíz?
Irene. ¿Y la amorosa ternura

Con que anoche...?
Ruf. ¡Galopin!
 Te tuvo por otra.
Irene. ¿Cómo?
Ruf. Está siendo el Amadís
 De cierta linda condesa,
 Por cuyo talle gentil
 Tal vez en este momento
 Tiene la vida en un tris.
Irene. ¡Ingrato! Pero tal vez
 Algun enemigo ruin
 Le ha calumniado...
Ruf. No, Irene.
 (¡Bravo! ¡Qué guerra civil
 Se va á armar!...) Te daré pruebas
 Con que puedas confundir
 Al pérfido.

ESCENA VI.

RUFINA, IRENE, UN CRIADO.

Criado. Don Nazario
 (Desde la puerta del foro.)
 Ruiz...
Ruf. Ya le tienes ahí.
Irene. Bien; ¡parezca ante su juez
 Y dóblele la cerviz!
Ruf. ¡Locura! En casos como este
 Mas aprovecha el ardid
 Que la violencia. Tras de esta
 Cortina puedes oír
 Lo que hablemos, y sabrás
 Lindezas.
Irene. Pero...
Ruf. ¡Anda!
 Di
 (Al criado.)
 A ese caballero que éntre.
 (Vase el criado.)
Irene. No sé si podré sufrir...
Ruf. ¡Que viene! (Empujándola.)
Irene. (¡Mas me valiera
 (Escondiéndose detrás de la cortina de la
 puerta de la derecha.)
 No haber venido á Madrid!)

ESCENA VII.

IRENE, RUFINA, DON NAZARIO.

Naz. Señora, si he de juzgar
 Por la talla y por el talle,

Es usted la amiga... ¡ Calle!
Esa cara... ¡ Es singular...!
Ruf. ¿ Mi cara?
Naz. No; la aventura...
La extraña coincidencia...
¿ No estuvo usted en Valencia...?
Ruf. Sí. (¡ Oh memoria de amargura !)
Naz. Momentos muy agradables
Pasamos..., aunque confieso...
Ruf. Sí, sí...
(Separándose del sitio donde está Irene,
y siguiéndola don Nazario.)
(¡ Maldito ! no es de eso
de lo que yo quiero que hables)
Naz. En tal bulla, en tal estruendo
Anda solícito el diablo
Y uno...
Ruf. Cierto. (Bajando la voz.)
Irene. (Ni un vocablo
de lo que dicen entiendo.)
Ruf. Aquello todo fué broma,
Y si usted lo tomó al pié
De la letra...
Naz. Broma fué;
(Sonriéndose.)
Sí.
Ruf. Con su pan se lo coma. —
Mas si para dama no,
Bien ve usted, aunque lo diga
Mi labio, que para amiga
Valgo lo que peso yo.
Irene. (¡ Me consumo !)
Naz. Ciertamente;
Y esa prueba de virtud
Empeña mi gratitud
Y mi respeto...
Ruf. (¡ Insolente !)
Hablemos de la condesa.
(Acercándose otra vez á la puerta de la
derecha y alzando la voz.)
Naz. Me dijo que aquí...
Ruf. Y puntual
Fué á la cita.
Irene. (¡ Ay ! por mi mal
Ahora oigo bien.)
Ruf. (¡ Chúpate esa !)
(Mirando con maligna complacencia hácia
donde está Irene.)
Naz. A la verdad, no creí,
Después del vuelco del coche
Y lo demás que hubo anoche,
Que la encontraría aquí.
Ruf. Amor por todo atropella.
Irene. (¿ Eh ? ¿ Qué tal la condesita ?...
¡ Pero esa mujer maldita
Está de acuerdo con ella !)
Ruf. Y usted, que siempre la quiso,

Ahora con mayor razon...
Naz. No sé... Su fatal pasion
Es para mí un compromiso...
Irene. (¿ Qué oigo !)
Ruf. ¿ Cómo ?...
Naz. El mio fué,
Mas que amor, vago capricho...
Irene. (¡ Alma, respira !)
Ruf. (¿ Qué ha dicho ?)
Naz. Otra es dueña de mi fe...
Irene. (¡ Oh gozo !)
Ruf. (¿ Sabrá que Irene
Está aquí ?)
Naz. Mientras mi ausencia
Llora la pobre en Valencia...
Irene. (¡ Oh !...)
Ruf. Hablar mas bajo conviene.
(Bajando la voz y volviendo á separarse
hácia la izquierda.)
(Nada sabe. Aun no desmayo.)
Si le oye á usted la condesa
En su pecho la sorpresa
Hará el efecto del rayo.
Irene. (Otra vez la falsa amiga
Baja la voz. No interpreto
Cuál pueda ser el objeto
De su diabólica intriga.)
Ruf. ¿ Será usted, hombre inconstante,
Tan mal caballero ahora
Que abandone á una señora
En conflicto semejante ?
Naz. No habrá quien de tal me arguya.
Por mí está comprometida,
Y yo sabré dar mi vida
En rescate de la suya;
Pero si me acierta el tiro
Que mi rival me previene,
¡ Para tí, querida Irene,
Será mi último suspiro !
Ruf. (¡ Qué retroceso !... Urge ya
Que la condesa le vea.)
¡ Morir ! ¡ Qué funesta idea !
No; todo se arreglará.
Voy á decirle que usted
Está aquí.
Naz. ¿ Me espera á mí ?
Ruf. ¡ Y con qué impaciencia !
Naz. ¿ Si ?
(Complacido.)
Ruf. ¡ Oh !... Vuelvo. (Caerá en la red.)
(Entrando en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA VIII.

IRENE, DON NAZARIO.

Naz. (A las dos de la mañana
(Sentándose.)
Era mi mejor amigo
El buen conde... ¡ y á las dos
De la tarde nos batimos !)
Irene. (Solo ha quedado. ¿ Saldré... ?
No. Según Rufina dijo
Le espera aquí la condesa,
Y aunque sepa ser testigo
De mi derrota, apurar
Hasta la haz determino
La copa de la amargura.)
Naz. (Seria un villano indigno
De mi nombre si volviese
A la vista del peligro
La espalda.)
Irene. (¡ Cómo cavila !
O me engañan los indicios,
O, en efecto, pesaroso
Está de haberme ofendido.)
Naz. (Si ahora mi cómplice hermosa
No agradece mis servicios,
Y saco de la refriega
Cuando menos un buen chirlo,
Y en las márgenes del Túria
Se sabe mi desafío,
Y, por ende, en justa pena
De mi presunto delito,
Irene me destituye
De su gracia, ¡ me he lucido !)
Irene. (Suya es mi fe. De su boca
Lo oí. Frívolo capricho,
No tierna pasion, le atrajo
A esa mujer que maldigo.)

ESCENA IX.

IRENE, DON NAZARIO, EL CONDE.

Conde. (¡ Perfectamente ! Su padre
(A la puerta del foro.)
No está en casa. Me lo ha dicho
El criado. — ¡ Oiga ! Un galan...
(Viendo de perfil á don Nazario, que está
muy absorto en sus meditaciones.)
¡ Y es don Nazario !...
(Adelantándose un poco y en términos que
el biombo impida que Irene le vea.)
Si; el mismo.
¡ Es mi sombra ! ¿ No le basta

Mi mujer á ese maldito,
Que me disputa tambien... ?
Yo he de saber... No me ha visto...
¡ Ah ! este biombo... En él me oculto...)
(Lo hace.)

Irene. (¡ No viene !)
(Tanto Irene como el conde asomarán de
cuando en cuando y con precaucion la
cabeza desde su escondite respectivo, y
mirando siempre ambos al sitio y á los
interlocutores que absorben en el mo-
mento todo su interés.)
Conde. (Desde aquí atisbo.)
(Desde el extremo del biombo mas distante
del foro.)
Naz. (Ya tarda... (Levantándose.)
No; ya está aquí.)
(Mirando por la puerta de la izquierda.)
Irene. (Ya viene.)
(Aparecen la condesa y Rufina.)
Conde. (¡ Cielos ! ¿ qué miro !)

ESCENA X.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO,
IRENE, EL CONDE.

Naz. Señora...
Cond. Mi desconuelo
Cesa al ver á usted.
Conde. (¡ Qué tal !)
Cond. Pues es segura señal
De que no permite el cielo
Que corra la sangre...
Naz. ¿Cuál ?
Cond. ¿ A qué negarlo ? Yo sé...
Pero acaso ya no es hora
De impedir... ¿ El conde... ?
Naz. A fe
Que no le he visto, señora,
Desde el lance del café.
Cond. ¿ Palabra de caballero ?
Naz. Sí.
Cond. Mas mi angustia no cesa
Si no me hace usted promesa
Solemne...
Naz. ¿ De qué ?
Cond. No quiero
Que usted se bata.
Naz. ¿ Condesa !...
Irene. (¡ Miren si toma interés
Por él !)
Conde. (¡ Me ahoga el furor !)
Naz. Exija usted de mi amor
Que caiga muerto á esos piés,

Pero, señora, el honor...

Cond. ¡Honor! ¿Qué será del mío
Si me cubre de mancilla
Ese duelo atroz, impio?

Cond. (¡Solo por la negra honrilla
Tiene miedo al desafío!)

Naz. Considere usted que yo
No he provocado la lid,
Y si respondo que no
Al rival que me retó,
¿Qué dirá luego Madrid?

Cond. ¿Y es usted el que suspira
Por mí? No; ¡engaño, mentira!,
Pues indiferente y yerto
Bañado mi rostro mira
Con las lágrimas que vierto.

Cond. (¡No puedo más!)
Irene. (¡Oh mujer
Pérfida, alevé!)

Ruf. (¡Yo venzo!)
Naz. Señora, ¿qué puede hacer...?

Cond. ¡Calle usted! Hoy me avergüenzo
De haberle creído ayer.

Irene. (¡Me aspo!)
Cond. ¿Qué pasión es esa
Que no consigue triunfar
De un vano orgullo?

Naz. (¡Hum!)
Cond. (¡Hum!)

Naz. Yo... Cuando... (A mi pesar
Me seduce y me embelesa.)
Me afrentará mi enemigo
Si...

Cond. Cúlpeme usted á mí.

Naz. Mas...
Cond. Pongo á Dios por testigo

Que no sale usted de aquí
Si no me arrastra consigo.

Cond. (¡Qué audacia!)

Naz. (¡Almas de diamante
Labrara ese tierno lloro!)

Cond. ¿Cree usted, si en vano le imploro,
Que pueda yo un solo instante
Sobrevivir al que adoro?

Naz. ¡Ah, no más!

Irene. (¡Yo muero!)

Cond. (¡Hoy arde
Esta casa!)

Naz. A tu desecho
Me rindo. No iré esta tarde
A la cita aunque cobarde
Me llame el mundo.

ESCENA XI.

LA CONDESA, DON NAZARIO, RUFINA,
EL CONDE, IRENE, DON MARTIN.

Mart. (¡Qué veo!)
(Parándose en la puerta del foro.)
(Se esconde en el biombo.)

Cond. (¡Oh! Se acordarán de mí...)

Naz. Ya no temo al qué dirán.

Guardaré mi vida, si,
Pues me pides con afán
Que la guarde para tí.

Cond. ¿Qué oigo? Usted no ha comprendido...

Cond. (¿Eh?)

Irene. (¿Qué?)

Naz. Yo...

Ruf. (¡Tú...!
(A la condesa.)

Mart. ¿Qué Belen...?
(Asomando la cabeza por el lado del biombo
inmediato al foro, cuya acción repetirá
varias veces.)

Cond. La vida que al cielo pido
No es la de usted.

Cond. (¡Bravo!)

Irene. (¡Bien!)

Naz. Pues... ¿cuál?

Cond. ¡La de mi marido!

Irene. (¡Bien haya tu boca!)

Cond. (¡Un peso
Me quita...!)

Irene. (¡Albricias, Irene!)

Naz. Señora... Yo pierdo el seso.

Irene. (Yo no sé qué me contiene

Que no voy á darla un beso.)

Naz. Señora, si necio fui

La pena á sufrir me allano,

Mas la que me trata así

Ponga en su pecho la mano

Antes de juzgarme á mí.

Ruf. (¡Malo!)

Mart. (¿Qué tramoya es esta?

¡En el biombo somos dos!)

Naz. ¿Qué! ¿no merezco respuesta?

Cond. Don Nazario...

Mart. (¡Voto á bríos!...)

Cond. (Oigamos lo que contesta.)

Cond. No me hará injusta el dolor.

Yo confieso, y en mi frente

Ya lo denuncia el rubor,

Que de mi fatal error

Solo usted es inocente.

Naz. Gracias por el adjetivo.

Cond. Mi marido...

Cond. (Aquí entro yo.)

Cond. Mudable, pérfido, esquivo,
No hallaba en mí el atractivo
Que un día le cautivó.

Para recobrar su fe

En vano ¡ay Dios! redoblé

Mi tierna solicitud.

¡Estéril mi llanto fué,

Despreciada mi virtud!

Cond. (¡Es verdad!)

Cond. En tal estado,
Una buena alma me dió...

Irene. (La bruja que está á su lado.)

Cond. Consejos que ¡ojalá yo

No hubiera nunca tomado!

Ruf. Pudo errar en su opinion,

Pero la buena intencion...

Cond. Permitame usted, señora...

No hablo con usted ahora.

Ruf. (Me va á dar un sofocon.)

Cond. Yo la obedeci indiscreta;

Usted creyó, don Nazario,

Mentiras de una cazata...

Y por amor fui coqueta

Como otras por lo contrario;

Que, aunque en el alma lo siento,

Declararlo es ya forzoso,

Don Nazario: ni un momento

Alejí del pensamiento

La memoria de mi esposo.

Cond. (¡Adela!)

Cond. ¡Ay! De mi locura

No tardé en sufrir la pena,

Y para mas desventura

Todo en mi mal se conjura

Ante el juez que me condena.

Naz. ¡Bueno es que ahora me exhorte

A compadecer su mal

La arrepentida consorte

Cuyo amor de carnaval

Me hace escarnio de la corte!

Cond. Si en el engaño que lloro

Ve usted tamaño desdoro,

Pues yo sola le ofendí,

Vengue usted su ofensa en mí,

No en el dueño á quien adoro.

Naz. Ignora usted que es la ofensa

Mas grave de lo que piensa; —

Pero fuera bastardía

Fulminar la saña mia

Contra una dama indefensa.

Cond. ¿Qué me vale ese perdon,

Hijo quizá del desprecio,

Si por mi necia ilusion

Pierdo...?

Naz. No sé, en conclusion,

Cuál de los dos fué mas necio.

Cond. ¡Por una culpa tan leve

Perder para siempre ¡ay Dios!

A mi esposo...!

Cond. (Me conmueve.)

Naz. Yo soy... (Me hará que lo pruebe.)

Quien pierde mas de los dos.

Irene. (¡Él!)

Ruf. ¡Usted!

Cond. ¿Cómo!...

Mart. (Esto acaba
Mal.)

Naz. Si usted misma confiesa

Que su esposo no la amaba,

Saco yo en limpio, condesa,

Que queda usted... como estaba.

Mas desdichado soy yo;

Que amado de un ángel fui,

Y ahora ¡ay triste de mí!

Por un falaz dominó

Perderé su gracia.

Mart. (¡Sí!)

Irene. (¿Qué haré?...)

Mart. (Y la mia tambien.)

Ruf. (¡Dios lo quiera, amen, amen!)

Cond. ¡Oh si á mi lado te viera,

Querido conde, aunque fuera

Victima de tu desden!

Cond. (El alma me hace pedazos.)

Cond. Sin tí, bien mio, ¿qué lazos

Me unen al mundo?

Cond. (¿Aun vacilo!)

Cond. ¿Dónde buscaré un asilo?

¡En la tumba!

Cond. ¡No! ¡En mis brazos!

(En alta voz, saliendo rápidamente del
biombo y abrazando á la condesa.)

Cond. ¡Ah, eres tú!

Naz. ¡El conde!

Ruf. (¡Él aqui!)

Irene. (¡El del baile!)

Mart. (¡El caballero

De anoche!)

Cond. ¿Quién te ha traído

A esta casa?

Cond. Mi ángel bueno.

Ruf. (¡El demonio!)

Cond. Me escuchabas...

Cond. Y me felicito de ello.

Te confieso que al principio

Pasé en el biombo tormentos

Horribles.

Mart. (Hasta que llegué

Mi turno ocupo su puesto.)

(Pasa al otro lado del biombo.)

Cond. Mas convencido después

De tu inocencia y del tierno,

Incomparable cariño

Que, aunque indigno, te merezco,

Entre tus brazos depongo
Mi injusto resentimiento.
Cond. ¿Injusto? ¡Ah! no. Mi conducta
Fue culpable; bien lo veo.
¿Qué importa que sea el fin
Laudable cuando los medios...?
Conde. No te disculpes, Adela.
Si tus descargos acepto
Habré de dártelos yo
De mis infinitos yerros,
Y saldría mal librado...
No, prenda mía; prefiero
Que hagamos corte de cuentas.
¿Eh?
Cond. Sí.
Conde. Y desde hoy libro nuevo.
Venga otro abrazo.
(Se abrazan otra vez.)
Ruf. ¡Oh suplicio!
Mart. (Nazario ha quedado fresco.)
Conde. Y al que le pese...
Irene. ¡A mí no!
Naz. Conde, á mí me importa un bledo
Que ustedes se reconcilien
O no.
Conde. ¡Bravo! Yo celebro
Que lo tome usted con esa
Filosofía. — Del duelo
No se hable ya...
Naz. Es que si usted
Exige de mí otro género
De satisfacciones, yo
No estoy de humor...
Conde. Ni las quiero,
Ni las necesito. Adela
Sentenció ya nuestro pleito.
Ruf. (Otra queda y en él fundo
Mi esperanza.)
Naz. Con efecto,
Ridículo desafío
Sería ya, lo confieso,
El de un galán sin amor
Contra un marido sin celos.
Cond. Es claro. (Volado está.)
Naz. ¿Sin amor he dicho? Miento.
Yo adoro y siempre adoré
A mi dulce Irene.
Irene. ¡Oh cielo!
Mart. (¿Será verdad?)
Naz. A la flor
Mas linda que halaga el céfiro
En las orillas del Túrta.
Irene. ¡Delicia!..
Ruf. ¡Horror!
Cond. ¿Sí? Me alegro.
Naz. Mi adhesión á la condesa, —
No lo digo por despecho, —

Ha sido... No sé qué ha sido;
Una aberración, un vértigo,
Una pesadilla, un... Vamos;
Cada vez que considero
Que cuando Irene lo sepa
Me desahucia sin remedio
Me arrojaría al canal,
Me colgaría del techo.
Irene. ¡Pobrecito!
Naz. ¿Sabe usted,
Señor conde, lo que pienso?
Conde. Diga usted...
Naz. Mejor será
Llevar adelante el reto.
Irene. (¿Está loco?)
Conde. ¡Ah! no en mis días.
(Abrazando al conde.)
¡Querer matarle...!
Naz. No es eso...
Cond. ¡Y ahora que tengo la gloria
De ser amada!...
Naz. Antes quiero
Que él me mate á mí.
Conde. ¿Por qué?
Ya no tendría pretexto...
Naz. Pero ¿merece vivir
El que fué tan majadero?
Mañana referirán
Seis periódicos, lo menos,
Mi aventura. Lo que tarde
En llegar allá el correo
Tardará Irene en saberla.
¿Con qué cara me presento
A sus ojos? ¿Dónde hallar
A mi extraviado funesta
Disculpa...?
Irene. En mi corazón.
(Saliendo de su escondite.)
Naz. ¡Ah!
Ruf. ¡Infierno!
Mart. ¡Calle!
Conde. ¡Oh!
Cond. ¡Qué veo!
Naz. ¡Luz de mis ojos! Permite
Que caiga á tus piés...
Ruf. ¡Reviento
De cólera!
Irene. No. Levanta.
Naz. ¿Me perdonas?
(Tomando la mano de Irene.)
Irene. Sí.
Naz. ¿La beso?
Irene. Sí.
*(Don Nazario besa la mano de Irene. Don
Martin sale precipitadamente del biombo
y los separa.)*
Mart. ¡Poco á poco! ¡

Irene. ¡Pápá!
Conde. ¡Otro en el biombo! ¿Qué es esto?
Naz. ¡Qué sorpresa! ¡Don Martin!...
Conde. Servidor...
(Saludando á don Martin.)
(¡El sarraceno!)
Señorita... *(Saludando á Irene.)*
(Irene contesta con una cortesía.)
Conde. ¿Conocias...?
Conde. Sí; hicimos conocimiento
Anoche en el baile...
Irene. Sí;
Engañado á lo que infiero
Por el disfraz que llevaba,
Me honró este señor creyendo
Que yo era usted.
Naz. ¡Ah!... Ya caigo...
Conde. Dominó color de fuego...
Cond. ¡Ah!...
Ruf. ¡Maldita explicación!...
Naz. Con que... Vamos; ya comprendo...
Conde. Nada tenemos que echarnos
(A don Nazario en voz baja.)
En cara, mi amigo.
Naz. Cierto.
Mart. ¿No habrá un cristiano entre us-
tedes
Que me descifre este enredo?
Conde. Aventuras..., trocatintas
De carnaval...
Ruf. (Hoy me cuelgo.)
Irene. Échese todo en olvido
Pues estamos ya de acuerdo...
Mart. Pronto lo has dicho, hija mía.
En lo demás no me meto,
Mas por lo que hace á Nazario...
Yo no quiero para yerno
Al que, por *fas* ó por *néfas*
Y de obra ó de pensamiento,
Pecaba contra su novia
Porque la juzgaba lejos.
Naz. ¡Don Martin!...
Irene. Hay circunstancias
Atenuantes...
Cond. Yo intercedo
Por él, pues la culpa ha sido
Mía...
Conde. (Hagamos un esfuerzo.)
Yo también suplico á usted...
Irene. Venial ha sido su yerro,
Y hartó lo ha expiado ya...
Naz. ¡Oh indulgencia sin ejemplo!
Irene. Dios perdona al pecador
Que muestra arrepentimiento.
Mart. Mientras yo no me convenza
De que es el suyo sincero...
Naz. Usted se convencerá.
Mart. Entonces seré tu suegro.
Entre tanto, haz penitencia.
Naz. Sí, señor; mas... ¿Cuánto tiempo?
Mart. Mucho.
Naz. ¡Ah!...
Irene. No tengas cuidado,
(A Nazario en voz baja.)
Que yo haré abreviar el término.
Ruf. (Disimulemos.) Por fin
La dulce paz...
(Asoma don Alejo por el foro.)
Conde. } ¡Don Alejo!
Naz. }

ESCENA XII.

LA CONDESA, EL CONDE, IRENE, DON
NAZARIO, RUFINA, DON MARTIN, DON
ALEJO.

Alejo. Señora, siento en el alma
(A la condesa.)

Que ni vivos ni difuntos...
Pero ¿qué veo? ¡Aquí juntos
Los dos... y con tanta calma!
Conde. A ruego de mi mujer
Hemos hecho ya la paz.
Alejo. ¿Qué oigo? ¡Este hombre es in-
capaz!
¡No me queda mas que ver!
Yo celebro... ¡Es mucho asunto!...
Naz. Pero ¡tú...!
Alejo. ¡Cayó en sus redes!
Naz. ¡Por aquí!...
Ruf. Presento á ustedes
(Mostrando á don Alejo.)
Mi caro esposo y conjunto.
Conde. ¡Ah!...
Naz. ¡Por algo la escondía!
Alejo. Sí; esta es mi dulce mitad...
(¡Hoy me da una enfermedad!)
Conde. ¡Pobre Alejo! Es una arpía.
Ruf. Albricias, Irene hermosa;
Albricias, querida Adela.
¡Cuál me halaga y me consuela
Vuestra dicha! (Estoy furiosa.)
Conde. Calle usted, si no desea
Que mi lengua le maldiga.
Irene. ¡Intrigante!
Cond. ¡Mala amiga!
Ruf. ¡Yo!...
Conde. ¡Y vieja!
(En voz baja á don Nazario.)

Naz. ¡Y malvada!
(*A don Martin, lo mismo.*)
Mart. ¡Y fea!
(*Lo mismo á don Nazario.*)
Ruf. ¡Ingrata! ¿á tratarme así
(*A la condesa.*)
(¡Yo bramo!) cómo te atreves?
Si el conde te ama ¿á quién debes
Tal milagro sino á mí?
Cond. Ahora, mujer fementida,
En el éxito te apoyas,
Pero ya de tus tramoyas
La intencion es conocida.
Mart. Mal va á salir de este lio.
(*Aparte al conde.*)
Ruf. ¿Cual fué? (Me lleva el demonio.)
Cond. Infernar mi matrimonio.
Irene. Y hacer imposible el mio.
Naz. ¿Y por qué á tales extremos
Llevó el dolo y la asechanza!...
Irene. Por envidia.
Naz. Y por venganza
De lo que ella y yo sabemos.
Alejo. ¡Basta!...
Ruf. ¡Qué infamia! ¡Qué insulto!
¡Qué injusticia!...
Alejo. Mejor es
(*Acercándose á ella y en voz baja.*)
Callar... Son dos y ya ves
Que rematan en el bulto.
Ruf. Mas me desdoro... (¡Hoy fallezco!)
En probar mi buena fe
Cuando... Amigas hallaré
Mas dignas...
Conde. (¡Las compadezco!)
Ruf. ¡Necias! Ahora estais en babia,
Pero... En fin... (¡Quemada estoy!)
Abur. Adentro me voy...
(¡A repelarme de rabia!)
(*Vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA, EL CONDE, IRENE, DON
ALEJO, DON NAZARIO, DON MARTIN.

Alejo. Es maldita de cocer
Mi mujer, y sin embargo,
Debo... Háganse ustedes cargo
De que, al fin, ¡es mi mujer!
Ella se va con amagos
De un horrendo patatús.
Si se muriera... ¡Ay Jesus!
Yo no soy para estos tragos.
Voy...

Naz. Maldito el sentimiento
Que yo en tu lugar tendria...
Déjala...
Alejo. ¡No! Todavía
No ha otorgado testamento.
(*Vase por donde se fué Rufina.*)

ESCENA ULTIMA.

IRENE, EL CONDE, LA CONDESA,
DON NAZARIO, DON MARTIN.

Naz. ¡Pobre don Alejo!
Cond. Vámonos,
Que ya avergonzada estoy
En esta casa.
Mart. Tambien
(*A Irene.*)
Nos marcharemos los dos.
Irene. Al instante.
Mart. Bien estamos
En cualquiera parador.
Para ocho dias...
Irene. ¿No mas?
Mart. Así que se cumplan doy
La vuelta á Valencia.
Naz. Iremos
Los tres...
Mart. ¿Cómo?...
Irene. Sí, señor. —
Y en seguida nos casamos.
¿Verdad?
Mart. ¡Niña! Tu reloj
Corre que vuela.
Irene. Si al fin
Ha de ser...
Conde. Tiene razon.
Mart. Bien; en llegando á Valencia
Será...
Irene. Lo que quiera yo.
(*A don Nazario en voz baja.*)
Naz. ¡Ah!...
Conde. Propongo que en mi casa
Los cinco comamos hoy
Para celebrar un dia
Tan feliz.
Cond. ¡Oh, sí; el mejor
De mi vida!
Naz. Acepto.
Mart. Acepto.
Conde. Tuyo hasta la muerte soy.
(*A la condesa.*)
Cond. ¿De veras?

Conde. Sí, Adela, si;
Mas con una condicion.
Cond. Dimela.
Conde. ¡No mas amigas!
Cond. ¡No!
Naz. ¡Lo mismo digo!
Irene. ¡No!
Conde. Las hay muy buenas; convengo.
No hay regla sin excepcion.
Pero otras... La tal Rufina...
No levantaré mi voz
Aunque recibas en casa
A toda la guarnicion
De Madrid...
Irene. ¡Ave Maria!...
Conde. Pero ¿amigas?... ¡No, por Dios!